

LAS CINCO PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Ximena Zacarías Ávila

Durante la Edad Media latina, Aristóteles fue el filósofo por antonomasia. Uno de los motivos de la recepción de la filosofía aristotélica fue cumplir la misión de satisfacer la curiosidad de un saber lógico y empírico de la época. Esta filosofía también planteaba soluciones que se adecuaban a las ideas cristianas sobre el alma humana, que la filosofía platónica no complacía, principalmente en favor de la unidad del alma y cuerpo. La idea de la unidad psico-física del alma tenía una base antropológica que permitía concluir que la mera inmortalidad del alma no constituía la salvación del hombre tal y como este había sido creado por Dios, es decir, que la redención integral de la persona implica la unidad del cuerpo y el alma en la vida eterna (Pan- nemberg, 2001).

Santo Tomás de Aquino es uno de los teólogos cristianos pertenecientes a esta época, quien, además, lograría la expresión de la ideología cristiana en términos aristotélicos, utilizando el aristotelismo como instrumento para analizar y sintetizar filosofía y teología. (Copleston, 1983). En la *Suma teológica* se encuentran contenidas de manera sintetizada algunas de sus ideas teológicas; las más famosas y de las que hablaremos en este ensayo son las cinco vías que de-

muestran la existencia de Dios. Para abordarlas, hay que indagar un poco más en interpretaciones que nos ayudarán a entender algunas cuestiones en cuanto a la filosofía de santo Tomás.

Santo Tomás hacía una distinción entre filosofía y teología. La primera provenía exclusivamente de la razón; el filósofo debía admitir solo lo que le era accesible a la luz natural y demostrable por sus propios recursos. La teología, por su parte, se basaba en la revelación, es decir, en la autoridad de Dios, siendo su contenido de origen sobrenatural, y debía aceptarse como tal, puesto que no nos es enteramente comprensible. Siendo así, el teólogo argumenta en busca de los principios primeros en la revelación. La teología parte del dogma como un dato, y su labor es definirlo, elaborar su contenido y mostrarle a la razón los caminos para rastrear el sentido de éste. De aquí que surgiera la teología natural, que es elaborada por la razón, contraria a la teología revelada. La teología natural de santo Tomás permite una contemplación del universo tal como es (Gilson, 1965).

En un principio, el teólogo expondrá sus ideas abstraídas de lo concreto, del mundo sensible de la experiencia (Copleston, 1983), de manera similar al

proceso del conocimiento de la vinculación entre la forma y la materia de la gnoseología aristotélica, es decir, el proceso de conocer las formas en los objetos materiales que se extraen por abstracción a partir de imágenes perceptivas, (Pannemberg, 2001). Por lo que aquellas nociones fundamentales o principios de la teología natural se fundamentan a través de la consideración de substancias materiales.

Dice Gilson sobre el entendimiento humano designado como abstracción:

El hombre, compuesto de un cuerpo y de la forma de este cuerpo, se encuentra colocado en un universo compuesto de naturalezas, es decir, de cuerpos materiales, cada uno de los cuales tiene su forma. El elemento que particulariza e individualiza a estas naturalezas es la materia de cada una de ellas; el elemento universal es, (...) su forma; conocer consistirá (...) en separar de las cosas lo universal que en ellas se encuentra contenido. (1965, p. 499).

Es así que:

Las pruebas tomistas de la existencia de Dios son *a posteriori*, proceden de las criaturas a Dios, y es la naturaleza de la criatura, la insuficiencia que en sí mismos muestran los objetos inmediatos de la experiencia, lo que revela la existencia de Dios. (...) También por esa razón parece perfectamente “natural” empezar la exposición de la filosofía tomista por una consideración de aquellos objetos concretos de la experiencia por reflexión sobre los cuales llegamos a aquellos principios fundamentales que nos permiten desarrollar las pruebas de la existencia de Dios. (Copleston, 1983, p. 319).

Por tanto, las pruebas tomistas toman en consideración la realidad sensible que se explica mediante una serie causal. De las observaciones de lo sensible parte las ideas del movimiento, de la existencia y la realidad de las cosas, que, además, y como veremos,

tienen cada una de ellas determinado grado de perfección (Gilson, 1965).

En cierta medida el teólogo adopta la forma de escribir realista y concreta de Aristóteles, proponiéndose explicar el Ser existente de tal forma que se pueda concebir por la mente humana: “(...) su pensamiento se concentra en la Existencia Suprema, en el Ser que no meramente posee existencia, sino que es su propia existencia, que es la plenitud misma de existencia (...)”. (Copleston, 1983, p. 303). Pues, para él, la filosofía primera se dirige al conocimiento de Dios como fin último.

De esta manera, santo Tomás expone las verdades acerca de Dios en la *Suma*, descubiertas por la razón, pero con el grado de error característico de cualquier reflexión metafísica. Así también son expuestas a la fe de los demás, es decir, para los principiantes del aprendizaje cristiano, o también para aquellos quienes decidan no hacer una reflexión exhaustiva de la metafísica, ya sea porque no tienen tiempo o porque son perezosos. Ello no quiere decir que no sean propuestas y reconocidas como parte de sus creencias.

Sabiendo esto, expongamos en primer lugar las dificultades en contra de la idea de la existencia de Dios; después, las cinco vías que proporciona santo Tomás para demostrar lo contrario. (Fernández, 1979).

Como primera dificultad, tenemos la siguiente: “Parece que Dios no existe”. Uno de los argumentos correspondientes se enuncia así: Dios es un bien infinito. Pero si hubiese Dios, entonces no habría mal alguno. Pero resulta que en el mundo efectivamente existe mal. Por lo que, se concluye que Dios no existe.

Como segunda dificultad, se nos plantea el supuesto de la no existencia de Dios, tomando como principio de las cosas del mundo a la naturaleza mis-

ma, al entendimiento y a la voluntad humana. Por lo que no habría necesidad de recurrir a Dios como principio, teniendo ya a los otros.

La primera vía para demostrar la existencia de Dios es aquella que se funda en el movimiento. Parte de la observación de las cosas que se mueven, que han de ser forzosamente movidas por otras. Las cosas en movimiento se encuentran en potencia respecto a aquello a lo que se mueven. De aquí que para mover se necesite estar en acto, puesto que mover significa hacer pasar algo que está en potencia al acto. No es posible, entonces, que algo pueda estar en potencia y acto respecto a lo mismo, sino respecto a cosas diferentes. Así pues, es imposible que “(...) una cosa sea por lo mismo y de la misma manera motor y móvil, como también lo es que se mueva a sí misma”(Fernández, 1979, p. 486). De aquí se sigue que la causa del movimiento de las cosas no pueda ser indefinida. Por lo que es necesario que exista un primer motor que no sea movido por nadie, y éste ha de ser Dios.

De esta vía podemos encontrar grandes influencias de la filosofía aristotélica. La más evidente es la idea del motor inmóvil, pero modificada para ser concebida ahora como el Dios cristiano. Otra idea es la de que todo lo que se mueve pasa de la potencia al acto, o la composición hilemórfica de las substancias materiales. Es decir, el cambio substancial que tiene lugar en los cuerpos y solamente en la materia, que permite el cambio de una substancia a otra: “La materia prima (...), es pura potencialidad, mientras que la forma es acto, de modo que la distinción entre materia y forma es una distinción entre potencia y acto (...)” (Copleston, 1983, p. 324).

Esta idea tiene estrecha relación con la segunda vía, como veremos a continuación. El agente o la

causa eficiente no actúa en la materia prima de manera aislada, puesto que ésta no puede existir por sí misma, necesita de la forma. La forma, “(...) es lo invariable que uno ve en una cosa”(Düring, 2005, p. 948). Es el elemento universal, que permite que la cosa sea clasificada para formar parte de una especie. Sin embargo, sí pueden cambiar las disposiciones de una determinada substancia corpórea de tal modo que se desarrolla una nueva forma, es decir, cambia, debido a la potencialidad que tiene la materia. Solo gracias a ésta es que se da la posibilidad del cambio:

El agua, por ejemplo, está en estado de potencialidad para convertirse en vapor, pero no se convertirá en vapor hasta que haya sido calentada hasta un grado determinado por un agente exterior, y en este punto desarrolla una exigencia por la forma de vapor, que no procede del exterior, sino que es educida de la potencialidad de la materia. (Copleston, 1983, p. 322).

La segunda vía se basa en la causalidad eficiente. Ésta nos dice que todo efecto tiene una causa eficiente, pero no se puede prolongar indefinidamente una serie de causas, ya que no habría una causa eficiente primera, así como tampoco una intermedia. Así también, nada puede ser causa de sí mismo puesto que para ello tendría que haber existido antes de sí mismo. Por lo que debe existir una causa primera eficiente a la que se le dé el nombre Dios.

En cuanto a la negación de series indefinidas, se refiere a que no puede haber posibilidad de una serie “vertical” que no alcance la explicación de la existencia de la serie, pues se concluye en la existencia de un ser que no es en sí mismo dependiente. Lo que se niega es que la contingencia o movimiento del mundo carezca de una explicación final, ontológica y adecuada (Copleston, 1983).

La tercera vía considera el ser posible o contingente. En la naturaleza puede haber seres o cosas cuya existencia no sea necesaria, que pudieron o no haber existido. Sin embargo, si esto fuese verdad, si todo fuera contingente, entonces no habría de existir cosa alguna. Si fuese así, nada existiría, ya que algo no puede surgir de la nada. Pero tampoco puede haber una serie de cosas necesarias que causen la existencia de la otra de forma indefinida, sino que se necesita de un ser cuya existencia sea necesaria por sí misma y que no tenga fuera de sí la causa de su necesidad, es decir, que no dependa de otro para su existencia. Asimismo, debe ser la causa de la necesidad de los demás. A este ser se le llama Dios.

A partir de esta vía podemos conocer que santo Tomás hacía una distinción entre esencia y existencia, al menos de forma objetiva. Recordemos que, para Aristóteles, la esencia es aquello que hace que X sea X , y si se pierde esa propiedad, X no podría ser. Otra significación puede ser la cosa existente en concreto. (Düring, 2005). Dios es la causa de la existencia, y solamente en él esencia y existencia son idénticas: “No hay esencia alguna sin existencia, ni existencia alguna sin esencia; ambas son creadas juntas, y si la existencia cesa, la esencia concreta cesa de ser. La existencia, pues, no es algo accidental al ser finito: es aquello por lo cual el ser finito tiene ser.” (Copleston, 1983, p. 326).

La cuarta vía nos habla de los grados de perfección que hay en los seres; para ello se propone la idea de un máximo que ha de ser la causa de todo lo que en cualquier género exista. Por ejemplo, en el mundo puede haber seres más buenos o nobles que otros, u otras cualidades. Estas cualidades se atribuyen según la proximidad a la que el ser se encuentre del máxi-

mo. Ha de existir, entonces, algo que sea nobilísimo y óptimo, así como supremo y máxima entidad. Por lo tanto, debe haber algo que “(...) es para todas las cosas causa de su ser, de su bondad y de todas sus perfecciones, y a esto le llamamos Dios”. (Fernández, 1979, p. 488).

Este argumento tiene, por su parte, una gran influencia platónica, por la idea de la participación divina y la jerarquía de la perfección de los seres, teniendo en la cima a los ángeles y descendiendo a los cuerpos. La participación con el creador y la criatura implica un lazo entre ambos, es también poseer una perfección en grado inferior por haberla recibida de él. Además, se relaciona con las otras vías anteriores:

Al demostrar la existencia de Dios por el principio de causalidad hemos establecido simultáneamente que Dios es creador del mundo. Puesto que es el existir absoluto e infinito, Dios contiene virtualmente el ser y las perfecciones de todas las criaturas; el modo según el cual todo ser emana de la causa universal se llama creación. (Gilson, 1965, p. 496).

Por último, la quinta vía hace referencia a los cuerpos naturales que carecen de conocimiento, pero que parecen actuar con un propósito o bajo un orden intencional. Esto sugiere que debe existir un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y éste es Dios. Esta vía se funda en el orden de las cosas y de las operaciones de los cuerpos naturales que tienden a un fin específico. La regularidad con la que alcanzan el fin demuestra que no llegan a él por mero azar; esta regularidad intencional y ordenada es realizada por Dios.

Finalmente, Santo Tomás concluye con dos soluciones. Para la primera cita a San Agustín: “(...) siendo Dios el bien supremo, de ningún modo permitiría que hubiese en sus obras mal alguno si no fuese tan

omnipotente y bueno que del mal sacase bien. Luego, pertenece a la infinita bondad de Dios permitir los males para de ellos obtener los bienes." (Fernández, 1979, p. 489). La imperfección del universo no es atribuible a Dios; el mal es una carencia de ser, derivada de la limitación que toda criatura posee. Debido a la separación infinita entre Dios y las cosas al momento de la creación, es inevitable que ninguna criatura reciba la plenitud de la perfección divina, sino que pasan realizando cierto descenso que regula el orden jerárquico del universo. (Copleston, 1983).

La segunda concluye poniendo a Dios como el agente que dirige las obras de la naturaleza para conseguir un fin, además de ser la causa primera:

Asimismo, lo que se hace deliberadamente, es preciso reducirlo a una causa superior al entendimiento y voluntad humanos, porque éstos son mudables y contingentes, y lo mudable y contingente tiene su razón de ser en lo que de suyo es inmóvil y necesario (...) (Fernández, 1979, p. 489).

De esta parte podemos citar lo siguiente:

(...) Dios conoce todos sus efectos antes de producirlos, y si acaba produciéndolos porque los conocía, es que ha querido. El simple espectáculo del orden y la finalidad que reinan en el mundo bastan, por lo demás, para cerciorarnos de que no es una naturaleza ciega la que ha producido las cosas por una especie de necesidad, sino que es una providencia inteligente, que las ha elegido libremente. (Gilson, 1965, p. 496).

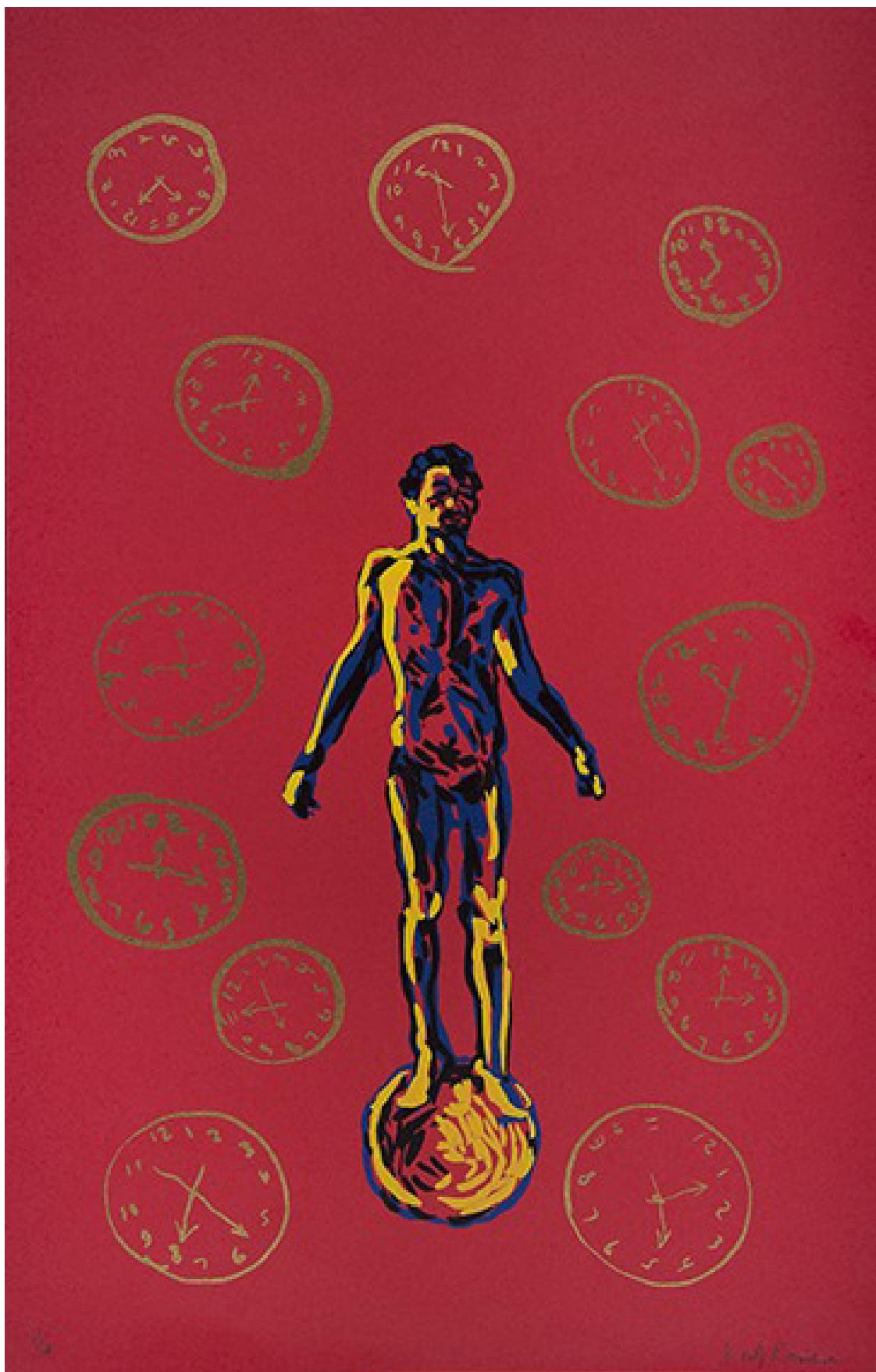
En conclusión, santo Tomás hace uso de las pruebas tradicionales apoyadas en Aristóteles, sin hacer un tratamiento exhaustivo, para demostrar racionalmente la existencia de Dios y profundizar en la fe cristiana (Copleston, 1983, 337). A través de las

cinco vías, proporcionó argumentos sólidos sustentados en la observación del mundo sensible y el uso de la razón, ofreciendo una base para reflexionar la relación entre la fe y la filosofía. Estas pruebas no pretenden ser exhaustivas ni definitivas, pero sí buscan establecer fundamentos que articulen la fe con la razón, permitiendo una reflexión que se oriente hacia el conocimiento del Ser Supremo.

A través de estas vías, Tomás no sólo confirma la dependencia ontológica del mundo respecto a Dios, sino que también integra en su teología una visión de orden, perfección y finalidad en el universo. De este modo, la síntesis tomista no se reduce a una simple re-elaboración del pensamiento aristotélico, sino que lo transforma y lo enriquece, mostrándolo compatible con las verdades reveladas y accesible a quienes, desde la razón o la fe, buscan comprender la esencia de Dios como principio y fin último de todo lo que existe.

Referencias

- Copleston, F. (1983). *Historia de la filosofía. De San Agustín a Escoto.: Vol. II.* Ariel.
- Düring, I. (2005). *Aristóteles.* (2da.). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fernández, C. (Ed.). (1979). *Los filósofos medievales.* Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gilson, E. (1965). *La filosofía en la Edad Media.* (2da.). Gredos.
- Pannemberg, W. (2001). *Una historia de la filosofía desde la idea de Dios.* Sígueme.



Derli Romero, *El tiempo*, Serigrafía, 49 x 31 cm. 1990.